Capítulo vigésimo-segundo.

Situacion de Boabdil. — Tala de la Vega de Granada. — Sitio y entrega de esta ciudad. — Descripcion de algunos de sus monumentos. — Alhambra. — Descripcion de este suntuoso alcázar. — Generalife.

Años de 1490, 91 *y* 92.—Boabdil reina ya sin rival en Granada, pero lleno de temor y sobresalto. Apenas es obedecido mas que en el estrecho espacio que puede abarcar con sus miradas desde las torres de la Alhambra; y aun en ese estrecho espacio cuenta quizás con mas enemigos que soldados. Su molicie, sus sangrientas venganzas contra los partidarios de el Zagal, y sobre todo su funesta amistad con los reyes cristianos, le han atraido el odio y el desprecio de sus súbditos, que, al ver flotar ante sí las banderas de Castilla, se agitan llenos de furor, y solo consienten en agruparse en torno suyo obligados por la necesidad de concentrar todas las fuerzas contra ejércitos que acaban de allanar las murallas de Málaga, Baza, Almería y otras ciudades del reino. Apremiado por sus antiguos libertadores, que exigen de él la entrega de Granada en virtud de su último tratado de alianza, estimulado algun tanto por su orgullo, que no le permite ir á poner en manos de sus enemigos una corona defendida por sus antecesores en tantos campos de batalla, intimidado por los clamores del pueblo que pide á voz en grito la guerra, amenazado por unos, arengado enérgicamente por otros, movido por la alarma y desesperacion de todos, resuelve al fin romper los vínculos con que le ataron sus propias desventuras, y trocando el cetro por la espada, salir de nuevo á la lid al frente de sus tropas; mas lo resuelve cuando es ya tarde, cuando ni el valor ni el heroismo pueden hacer mas que prolongar la lucha, multiplicar los males y agravar la miseria del vencido. Sale en efecto de la ciudad, cae sobre Alhendin, lo toma por asalto, lo destruye y aniquila, invade de repen-

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA
R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

te las tierras de Cid Hiaya, toma y desmantela el castillo de Marchena, pone en alarma la taha de Andarax, que posee el Zagal como feudatario de Castilla, y deja en todas partes marcada con sangre la huella de sus pasos: enardece con esto por momentos los ánimos del pueblo, aumenta su ejército, va creciendo en valor, confiando en su fortuna; convoca sus mejores caballeros, los consulta, les pide consejo, y no bien se convence de la necesidad de abrirse paso hasta el mar para recibir por él socorros de Africa, cuando se dirige precipitadamente á las playas del Mediterráneo con ánimo de conquistar á toda costa la fortaleza de Almuñecar. Grande es su ardimiento y mayor aun el entusiasmo que inspira: conmuévense y se agitan hasta los pueblos sujetos á los reyes enemigos, enciéndese en el corazon de todos la esperanza, y hay todavía quien crea en que la infausta estrella de Boabdil ha dejado caer su velo para alumbrar nuevamente en el camino de la prosperidad el reino de Granada.

Sigue Boabdil con afan la senda que al parecer ha de conducirle á reparar su suerte y asegurar su trono. Ve en el camino de Almuñecar ocasion para apoderarse de Salobreña, se arroja sobre ella, y toma al primer ímpetu los arrabales, poniendo en gran peligro á los cristianos y obligándolos á encerrarse en el castillo. Los cerca, estrecha de dia en dia el sitio, los reduce á la mayor escasez, los condena á morir de hambre, y ve al fin caer á cada paso de lo alto de los adarves cadáveres de hombres y caballos. Sabe que estan en movimiento los cristianos de los pueblos inmediatos, que van á salir contra él caudillos esforzados, que el mismo rey Fernando acaba de convocar en Córdoba la flor de sus guerreros, deseoso de castigarle por su atrevida empresa; mas no retrocede ni aun cuando Pulgar, ese héroe á quien llamaron el de las Hazañas, logra introducirse en el castillo con setenta de sus mas bravos escuderos. Brama entonces de cólera, ordena sus huestes, y les manda asaltar el castillo sin dejar hombre á vida ni piedra sobre piedra. Lucha con valor; pero tiene ya cristianos á la espalda, siente tras sí los pasos de los reyes castellanos, y puesto entre dos fuegos, no puede hacer mas que retirar y volverse con rapidez por las vertientes de Sierra Nevada.

Llega á su corte; mas ¿qué puede hacer en una ciudad cercada de peligros que ha visto ya talada una vez su vega por las armas del rey Fernando? Los ejércitos enemigos llevan consigo á Cid Hiaya y

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

á el Zagal, y estos vengativos musulmanes los ausilian no solo con sus armas, sino hasta con su astucia y su perfidia. Los Reyes Católicos, animados por sus últimas victorias, bajan de nuevo á la Vega con mas de veinte mil soldados, apelan al incendio, y dejan yermados los campos, que eran la esperanza de los defensores de Granada. Los caballeros que acompañan á los Reyes, como si creyesen encadenada á sus banderas la victoria, se empeñan á porfia en las mas difíciles empresas: entran en batalla con corto número de tropas, se adelantan hasta la ciudad, llevan la osadía al estremo de penetrar hasta la puerta de la Mezquita mayor y clavar en ella con su puñal un pergamino en que va escrito el nombre de la Reina de los Cielos. El rey Fernando cree ya llegada la hora de ir á dar la última lanzada al imperio que ha desgarrado con sus armas, y entra por fin en la Vega con todo el grueso de su ejército. Arrasa por tercera vez la campiña, corre hasta el valle de Lecrin, pretende forzar la Alpujarra, y regresa despues de ligeros encuentros dejando monte y valle cubiertos de ruinas y cadáveres. No retrocede ya á Castilla como en las campañas anteriores; sienta sus reales en el pago del Gozco, los fortifica con fosos y murallas, y empieza á estrechar por hambre la ciudad, que se presenta aun con fuerzas para resistir á sus armas.

Grande es en esto el apuro de Boabdil. Aunque ve cierta su caida, trata de animar á su pueblo y hacer alardes de valor; mas ¡ay! sufre en cada batalla una derrota, ve crecer de dia en dia el peligro, y abandonado por su fortuna, llega á temer mas de sus súbditos que de sus mismos enemigos. Cuenta aun héroes entre sus soldados, y al ver en la Zubia la reina Isabel, que, deseosa de contemplar mejor Granada, se ha atrevido á bajar hasta allí cercada por las tropas de sus mejores capitanes, manda contra el enemigo huestes que le obligan á entrar en batalla; pero no alcanza sino la pérdida de mas de dos mil hombres y el desconsuelo de ver entrar atropelladamente por las puertas de su corte los restos desbandados de su ejército. Sabe á poco que trata Fernando de ir á talar hasta las huertas y jardines que crecen al pié de los muros de Granada: se alarma y resuelve arrojarse él mismo contra los cristianos al frente de sus escuadrones. Deja la Alhambra entre los sollozos de su familia, baja á los cármenes de Ainadamar, se arroja como un leon sobre las tropas castellanas, y combate con el mayor denuedo; mas ahogado por el número

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

de sus contrarios, poco favorecido por su caballería, y desamparado á poco por la infantería que cejó al primer ataque, no tiene tampoco mas recurso que apelar á la fuga y buscar su salvacion en la velocidad de su caballo.

No le queda ya ninguna esperanza á Boabdil. Se incendia por un descuido el campamento de los cristianos y se construye en su lugar la ciudad de Sta. Fé, ciudad con cuatro puertas y una plaza de armas que hoy despues de cuatro siglos conserva aun la forma de los antiguos reales. El hambre empieza á hacerse sentir en la ciudad; crece el descontento y conduce lentamente á la anarquía; vagan por las calles turbas desenfrenadas que amenazan con el robo y la muerte á los que no abren sus arcas para socorrer la miseria pública; quéjanse acá y acullá contra el Príncipe, y todo presagia nuevas calamidades para aquel reino moribundo. Convoca otra vez Boabdil á sus consejeros: no oye de boca de nadie sino palabras de dolor y abatimiento. Todos creen necesario capitular, todos creen temeraria la prolongacion de la defensa; y aunque en su interior vacila y siente desgarrado el corazon por la melancolía, no puede interrumpir su silencio sino para adoptar el parecer de la asamblea. Envia mensageros á los Reyes para que estipulen las condiciones de la entrega, da en rehenes á su propio hijo, y espera en tanto en la Alhambra desalentado, triste, sin atreverse á parecer ante los suyos. Recibe la capitulacion: ve respetada en ella su dignidad, aseguradas para sus súbditos vida, libertad y haciendas, y reune al punto su consejo. Conmuévense al oirla algunos ancianos, y los hay que derraman abundantes lágrimas: álzase Muza, protesta contra ella, y pretende aun inflamar los ánimos con el fuego de sus palabras; mas todos callan, y el desventurado Rey no encuentra mas que la resignacion para alivio de los males de su patria. Fírmase y ratifícase lo estipulado con los Reyes; ata el dolor los labios, vela el sentimiento del amor propio los ojos, y se retiran todos á esperar en el silencio de sus hogares el dia de la entrega, que no habia de amanecer segun la capitulacion hasta de allí á dos meses (1).

(1) Las principales condiciones de la capitulacion fueron las siguientes: la plaza habia de ser entregada dentro de sesenta dias; quedaban asegurados por los Reyes los bienes y haciendas de los moros; no podia imponerse á estos mas tributos que los prescritos por las leyes musulmanas; el dia antes de la entrega Boabdil y sus caballe-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Y no han acabado aun para Boabdil los sobresaltos. Hácese pública en Granada la capitulacion á pesar del secreto con que ha sido negociada; arde en ira la muchedumbre, se arma á la voz de un ermitaño, recorre las calles de la ciudad, é introduce en ellas tal alarma, que se cierran todas las puertas y el Rey cree necesario atrincherarse en su palacio. Cesa al dia siguiente el tumulto, desaparece el autor, y todo parece entrar de nuevo en calma; mas ni los sentidos acentos de Boabdil que salió á arengar al pueblo, ni las pacíficas palabras que los Reyes Católicos dirigieron desde el campamento mezcladas de amenazas, ni la vista de su propia situacion, logran aplacar por mucho tiempo la irritacion de la multitud, que va creciendo sin cesar con el hambre y las demas calamidades de una ciudad sitiada. Asoman nuevos peligros, y llega la desventura de Boabdil hasta el punto de deber pedir por favor á sus enemigos que acorten el plazo de su entrada en la ciudad y vayan á la mayor brevedad posible á apoderarse de la Alhambra.

Queda, al fin, concertada la entrega para el 2 de enero de 1492. No descansa Boabdil la víspera de este dia: rehusa luego los honores que como á Rey le son debidos; llega la hora y se despide tristemente de su alcázar. Monta á caballo y baja por la puerta de los Siete Suelos, acompañado de su familia y de cincuenta caballeros de su servidumbre. Da al punto con el cardenal Mendoza, le habla primero en se-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

ros debian dar en rehenes quinientas familias principales; las tropas castellanas en el dia de la entrada habian de ocupar la fortaleza de la Alhambra subiendo á ella por el campo, y los Reyes habian de devolver al hijo de Boabdil y á otros jóvenes moros que en Moclin tenian; debia ser respetada en todas sus partes la religion de los vencidos; no debia hacerse cambio ninguno ni en las leyes civiles ni en la administracion de justicia; la instruccion pública habia de continuar al cargo de los alfaquíes; los moros ausentes tenian tres meses de término para someterse á estas capitulaciones; ningun renegado podia ser molestado por su conducta de otro tiempo; los moros casados con cristianas renegadas no debian divorciarse, á no ser que la esposa manifestase deseos de volver á su religion primitiva; la mora que enamorada de un cristiano abandonase la casa de sus padres, habia de ser depositada y amonestada; no podia exigirse lo apresado en guerras anteriores, pero sí el cumplimiento de todos los contratos legales; los judíos habian de gozar lo mismo que los moros de los beneficios de la capitulacion; quedaban escluidos del gobierno de Granada el Zagal y todos sus deudos y antiguos servidores; los litigios entre moros y cristianos habian de ser dirimidos por jueces de ambas partes; habia de hacerse entrega recíproca de cautivos; debian ser guardadas las acequias de aguas limpias, siendo castigados los cristianos ó moros que las enturbiasen; debian ser conservados los alguaciles y almotacenes moros, y estar separadas las abacerías y carnicerías de vencedores y vencidos; debia ser castigado el que mezclase en ellas carnes vedadas. Existen estas capitulaciones originales en el archivo de Simancas; en el municipal de la ciudad no se conserva mas que una copia autorizada.

creto, le dice á poco en alta voz que vaya á ocupar sus alcázares, y prosigue su camino hasta llegar á la márgen del Genil, donde le espera el Rey al frente de su caballería. Apenas le ve, hace ademan de apearse, solicita besarle la mano; mas no lo consiente Fernando para no humillarle. Le besa en el brazo derecho, y entrégale con humildes y sentidas palabras las llaves de la Alhambra. Oye de los labios del Rey palabras de consuelo; mas absorvido siempre en su desgracia, no tiene aliento sino para preguntar á quién van á encomendar el gobierno de su ciudad querida. Entrega al agraciado su sortija de oro, pidiendo á Dios que pueda con aquel sello gobernar Granada mejor que la ha gobernado el último de sus reyes; da el postrer á Dios á sus vencedores; y dando de las espuelas á su caballo, parte traspasada el alma de congoja para el pueblo de Armilla, donde la Reina le devuelve á su hijo.

Sale de Armilla, dirígese á Sta. Fé, donde le desean los Reyes hasta saber el resultado de la entrega de Granada, y oye en tanto á lo lejos los vítores del ejército cristiano, que al ver enarbolados en la torre de la Vela la cruz y los pendones de Castilla, aclama con entusiasmo á sus monarcas arrojando de su pecho gritos de júbilo y de orgullo. Ve en torno suyo animacion, vida, movimiento; y á cada paso que da siente mas abatido su espíritu, mas ajada su dignidad, mas manifiesta su vergüenza. No bien llega á Sta. Fé, cuando acompañado de Hurtado de Mendoza es conducido con señaladas muestras de respeto á la tienda del Cardenal, ricamente adornada de oro y seda; mas ya ni en los obsequios de los demas halla consuelo, desea salir del campamento, evitar las miradas de sus enemigos, ir á buscar en el destierro de Andarax los desiertos y sombríos paisages que han de divertir su melancolía. Lo alcanza á los pocos dias; pero ¡ay! ¿sabe aun lo que pide? ¿puede siquiera sospechar lo que le tiene reservado el destino? Sale de Sta. Fé, y apenas llega á la cuesta del Padul, desde la cual descubre por última vez Granada, suspira ya por su patria. ¡O gran Dios! esclama y salva la cuesta bañados en lágrimas los ojos y anudada la voz en la garganta. «Llora como muger, ya que no supistes defenderte como hombre,» oye de boca de su madre; y oculta el rostro entre sus manos sin poder arrancar del pecho mas que profundísimos gemidos.

Con razon, con sobrada razon llora Boabdil: acaba de perder una

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

corona legada por sus mayores desde el sepulcro, acaba de entregar un reino á la esclavitud y á la ignominia, acaba de dejar para siempre los muros de su patria, los muros de una ciudad sentada sobre una alfombra de flores, al pié de una sierra de cuyas nevadas vertientes se destacan las frondosas alamedas del Genil y el Darro. En esa ciudad defendida por mas de mil torreones, á cuyos piés se estendian floridos cármenes y dilatadas huertas bañadas por las aguas de cien acequias, tuvo hace poco un trono, alcázares soberbios, encantados jardines morada del placer y de la poesía; y ha de trocarla hoy con una comarca fragosa donde solo en el cielo podrá reconocer alguna vez el azul y transparente cielo de su patria. No verá ya mas esos dos rios que se enlazan á las puertas de la ciudad como para fecundar mejor sus alrededores pintorescos; no verá ya mas esa espaciosa Vega entre cuyos árboles blanquean tantas alquerías y palacios adornados de oro y de colores; no verá ya mas esos cerros desiguales que circuyen el campo y la ciudad como guardas celosos de su riqueza y su hermosura, cerros siempre bellos cuyas cumbres pinta el sol con sus tintas mas caprichosas y fantásticas al bajar al occidente. Con razon, con sobrada razon llora Boabdil, porque esa ciudad es llamada justamente por los árabes granada de rubíes, corona de rosas salpicadas de rocío, fuente que se derrama, estrella del mediodia, ciudad de las ciudades; y no ha de volverla á ver el que respiró por treinta años el aire que la circunda, el que fué quien mas gozó de todos sus encantos, el que aspiró el aliento de una muger á quien adoraba al pié de sus mas puras fuentes, á la sombra de sus mas hermosos álamos, bajo las artesonadas techumbres de ese alcázar llamado Alhambra, donde parecen haber escogido su asiento los genios de la belleza y la armonía; y ha de dejarla por un lugar desierto, triste, del cual aun le arrojarán mañana (1).

Con razon, con sabrada razon llora Boabdil. El rigor de su destino alcanza á todos sus súbditos, y son muchos, muchos los que llo-

(1) Boabdil permaneció poco tiempo en Andarax. Temerosos los Reyes de que pudiese servir aun de bandera para una sublevacion, procuraron deshacerse de él por todos los medios posibles: apelaron á las mas pérfidas intrigas y hasta á la traicion, y en octubre de 1493 lograron hacerle salir para el Africa, donde despues de largos años murió en una batalla á que asistió en defensa de los reyes de Fez, sus protectores. El que no supo morir peleando por su patria, murió al fin derramando su sangre por un pais estraño, del cual habia recibido el mas generoso hospedage en los dias de su desgracia.

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

ran como él en el seno de sus hogares. El terror se ha apoderado de la ciudad; las puertas de las casas estan cerradas y apenas se abren mas que para dar paso á familias que no pudiendo sobrellevar la esclavitud, atraviesan los umbrales con la cabeza caida sobre el pecho para no volver á pisarlos en los dias de su vida. Ata el rubor los piés, el temor la lengua; y todo está desierto y en silencio. ¿Cómo han de mirar por otra parte sin dolor invadidos los salones del palacio de sus reyes, profanadas sus mezquitas? En vano se esfuerzan los vencedores en pronunciar palabras de paz para aquietar los ánimos; en vano ponen al frente del gobierno de la ciudad varones tan prudentes como el conde de Tendilla, prelados tan dulces como Talavera, políticos tan sagaces como Hernando de Zafra, á quien confian la interpretacion de las capitulaciones: el grito del amor propio herido, la voz de la religion ultrajada, los desesperados clamores del horror á la servidumbre, no dan aun lugar á la resignacion ni á las consideraciones que inspiran al hombre las incesantes vicisitudes por que pasa el mundo. En la mezquita mayor, en la del Albaycin y en otras muchas han sido levantadas ya las imágenes del cristianismo; los ciudadanos han tenido que entregar hasta las armas que guardaban para su defensa; el régimen de la ciudad ha sido confiado esclusivamente á los cristianos: no hay alma que resista tanto: á la vista de tantos males ó yace postrada, ó piensa en la venganza. ¡Ay! ¡y no ha de parar aquí la desventura de los vencidos! No ha terminado aun el siglo, cuando un prelado audaz, que no vacila en sacrificar el cristianismo á la política, quema en la plaza pública sus libros santos y los libros de sus leyes, y quiere imponer con la espada las creencias por las que murió Jesus sin haber empleado mas fuerza que la de la palabra. Contra la voluntad de los Reyes se obliga á los vencidos á abjurar la religion de sus mayores, se les arrancan sus antiguas costumbres, se llega á negarles el uso de sus trages, prescritos no solo por el hábito de nueve siglos, sino tambien por las leyes del Profeta.

No tardarán tampoco en ser derribados sus monumentos: un emperador orgulloso, á quien el espacio de dos mundos parece estrecho campo para sus conquistas, aplastará con la inmensa mole de su palacio los mas delicados salones de la Alhambra; caerán uno á uno los gigantestos torreones de sus antiguos muros; sentarán los conquis-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

tadores sus viviendas sobre los castillos; el cristianismo levantará sus templos con las ruinas de las mezquitas que adorna el oro y la deslumbrante pedrería. Despues de los reyes y los prelados conspirará contra sus bellos edificios hasta la misma naturaleza: violentos terremotos agitarán la tierra y sacudirán las obras de los Alhamares; incendios espantosos harán saltar las artesonadas techumbres de su mas rico alcázar. Devorará la nueva poblacion los esmaltados cármenes que fueron el placer de las sultanas, y será mermado y desgarrado el manto de flores con que la ciudad se cubre. Coronarán la obra de destruccion las revoluciones y las guerras: vendrá dia en que el viajero apenas reconozca la ciudad de los árabes mas que por su vega, su claro sol y su estrellado cielo.

Con razon, con sobrada razon llora Boabdil: cruzan ante sus ojos las sombras de lo futuro y llora sobre los destinos de su patria. Desaparecerá con los monumentos hasta el pueblo para que fueron creados. Obedecerá por algun tiempo el vencido morisco las impías órdenes de sus nuevos reyes; mas llegará hora en que arrebatado por la desesperacion, levantará sus manchados pendones sobre los muros de su Alcazaba, y desafiará el poder de uno de los mas grandes monarcas de la tierra. Alzará á un rey sobre su escudo y combatirá á su sombra; herido y ensangrentado seguirá aun con furor la desigual pelea; crecerá en valor con las derrotas, y llegará á conmover con su heroismo los últimos límites de Europa. Desdichado como siempre, caerá vencido bajo la espada de D. Juan; y despues de haber visto sepultados en barrancos de sangre sus mejores hijos, despues de haber vivido bajo la esclavitud mas dura, despues de haber sobrellevado mil ultrajes, tendrá que abandonar para siempre sus hogares é ir á buscar en estrangero suelo la caridad que no abrigan ya sus cristianos vencedores. Maldecido, proscrito errará de pueblo en pueblo con su esposa y sus hijos sin encontrar una lágrima de compasion en los ojos de sus enemigos.

Despojada la ciudad de los que la fundaron, languidecerá de dia en dia; morirá sin sentirlo, y sin sentirlo bajará hasta el fondo del sepulcro. Apagará la industria su voz y caerá en el mas profundo abatimiento. Perderá el campo sus mas vivos matices, cesará el murmullo de las aguas que trasmontaban sus mas altos cerros. Quedará acallado para siempre el bullicio de sus zambras y festines, que en vano

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

procurará sustituirse con el monótono rumor de sus tribunales, sus universidades y sus ferias. Será al fin una ciudad falta de movimiento y vida, una ciudad triste, muy triste sobre todo para el que no sepa sentir en medio de las ruinas, ni á la sombra de los álamos y laureles que pueblan las faldas de sus siete colinas, ni en las márgenes de rios que pasan ahocinados bajo frescas arboledas.

Así la vais á encontrar hoy, viajeros, vosotros que movidos por su fama venís quizás de muy lejanas tierras para admirar la rival de Bagdad y de Damasco. Si amais la naturaleza, si gustais aun de penetrar en los escombros de lo pasado, si habeis aprendido á leer en las piedras caidas de los antiguos monumentos, os esperan aun en ella horas de placer, momentos de deliciosa calma, goces inefables, impresiones que no trocariais luego por las que hayais podido recibir en las melancólicas ruinas del Oriente; mas si buscais la animacion febril de nuestro siglo y no acertais á vivir sino entre el estruendo de los talleres y la incesante agitacion del comercio, volved el pié atrás, porque no os quedan mas que horas de fastidio. En muy pocas de sus calles vereis algun movimiento: estan en su mayor parte silenciosas, desiertas, y apenas observareis en ellas mas que lo incómodo de su piso y lo fatigoso de su áspera pendiente. Plazas animadas en mejores tiempos por un inmenso gentío que iba á presenciar las luchas de caballeros ricamente armados yacen hoy poco menos que en la soledad y en el silencio; barrios que rebosaban de poblacion ven hoy desplomarse bajo el peso del tiempo sus casas y sus calles sin que haya una mano que reconstruya sus muros ni recoja siquiera sus escombros; alcázares que vieron coronados de lanzas sus torreones y pobladas de embajadores y príncipes sus salas, repiten hoy uno á uno los pasos del que se atreve á hollar sus pavimentos imponiéndole con largos y misteriosos ecos. Todo refleja el abatimiento á que ha venido la que fué un dia reina de uno de los mas bellos imperios de la tierra.

En cambio, empero, ¡qué de bellezas no cuenta en su recinto! Atraviésala el Darro, el rio de las arenas de oro; lame sus murallas el Genil, al que aquel presta sus aguas. Corre el Darro dentro de un ancho cauce en cuyos sillares se refleja la mano de la antigua Roma; angóstase al pasar junto á la risueña colina en que ostenta la Alhambra sus cien torres; y en aquella angostura ¡cuán bellas son sus már-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA